



Lectura del santo Evangelio según San Mateo 3,1-12.

Por aquel tiempo, Juan Bautista se presentó en el desierto de Judea, predicando: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos». Éste es el que anunció el profeta Isaías, diciendo: «Una voz grita en el desierto: "Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos"».

Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre. Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y del valle del Jordán; confesaban sus pecados; y él los bautizaba en el Jordán.

*Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizará, les dijo: «¡Camada de víboras!, ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente? **Dad el fruto que pide la conversión.** Y no os hagáis ilusiones, pensando: "Abrahán es nuestro padre", pues os digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras. Ya toca el hacha la base de los árboles, y el árbol que no da buen fruto será talado y echado al fuego. Yo os bautizo con agua para que os convirtáis; pero el que viene detrás de mí puede más que yo, y no merezco ni llevarle las sandalias. **Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.** Él tiene el bieldo en la mano: **aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga.**»*

La liturgia del segundo domingo de Adviento nos presenta la figura austera del Precursor, que el evangelista san Mateo introduce así: «*Por aquel tiempo, Juan Bautista se presentó en el desierto de Judea predicando: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos"*». Tenía la misión de preparar y allanar el sendero al Mesías, exhortando al pueblo de Israel a arrepentirse de sus pecados y corregir toda injusticia. Con palabras exigentes, Juan Bautista anunciaba el juicio inminente: «*El árbol que no da fruto será talado y echado al fuego*». Sobre todo ponía en guardia contra la hipocresía de quien se sentía seguro por el mero hecho de pertenecer al pueblo elegido: **ante Dios —decía— nadie tiene títulos para enorgullecerse, sino que debe dar "frutos dignos de conversión"**.

Mientras prosigue el camino del Adviento y nos preparamos para celebrar el Nacimiento de Cristo, resuena esta exhortación de Juan Bautista a la conversión. Es una invitación apremiante a abrir el corazón y acoger al Hijo de Dios que viene a nosotros para manifestar el juicio divino. ... En el presente se juega nuestro destino futuro; con el comportamiento concreto que tenemos en esta vida decidimos nuestro destino eterno. En el ocaso de nuestros días en la tierra, en el momento de la muerte, **seremos juzgados según nuestra semejanza o desemejanza con el Niño** que está a punto de nacer en la pobre cueva de Belén, puesto que él es el criterio de medida que Dios ha dado a la humanidad.

El Padre celestial, que en el nacimiento de su Hijo unigénito nos manifestó su amor misericordioso, nos llama a seguir sus pasos convirtiendo, como él, nuestra existencia en un don de amor. Y los frutos del amor son los «frutos dignos de conversión» a los que hacía referencia san Juan Bautista cuando, con palabras tajantes, se dirigía a los fariseos y a los saduceos que acudían entre la multitud a su bautismo.

Hoy Juan Bautista nos sigue hablando. Sus palabras claras y duras resultan muy saludables para nosotros, hombres y mujeres de nuestro tiempo, en el que, por desgracia, también el modo de vivir y percibir la Navidad muy a menudo sufre las consecuencias de una mentalidad materialista. La "voz" del gran profeta nos pide que **preparemos el camino del Señor que viene, en los desiertos de hoy**, desiertos exteriores e interiores, sedientos del agua viva que es Cristo.

Que la Virgen María nos guíe a una auténtica conversión del corazón, a fin de que podamos realizar las opciones necesarias para sintonizar nuestra mentalidad con el Evangelio (Benedicto XVI).



➤ **La admirable figura de Juan Bautista, el precursor**

Juan Bautista es el más grande entre los santos, el mayor profeta entre los nacidos de mujer. Así lo retrata Jesús. Es el precursor, el vocero de Cristo. Su melodía se hace severa, imponente. Penitencia, rectitud, pureza para recibir a Cristo, para que nazca en los corazones. Su vida, sus palabras, descubren al heraldo anunciador de Jesús.

Juan es un joven. No ve el mundo como el resto de los hombres. Sin embargo, nada tiene de anormal. Se retira al desierto, vive como eremita. Una gran misión le espera. Debe ser el precursor. Y no le parece demasiado consagrar toda su juventud a prepararse. Brilla en sus ojos la gloria que atisba. Y Juan se prepara por el renunciamiento, el olvido de sí. Lejos de los hombres, solo, en el desierto.

"Moraba en el desierto...", dice el evangelio de él. Y es que la Virgen María le había ido contagiando pureza, humildad, valentía... Así le preparaba para una vida de soledad martirial sin la cual no podría ser Precursor del Divino Solitario, Mártir de la cruz. Pensando en lo que tendría que sufrir Juan, ¡con qué amor lo prepararía la Virgen!...

Juan es soledad impresionante la casi totalidad de su vida. Tenía que marchar delante del Solitario de Nazaret, pero más a solas todavía, sin María ni José... De sus treinta primeros años sólo sabemos que *"crecía y se fortalecía en espíritu, y moraba en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel"* (Lc 1,80).

Existe un emocionante paralelismo entre Jesús y Juan. El mismo crecimiento oculto, pero más acentuado en el Bautista... Muy pronto, para los dos, antes para Juan, un martirio. La inmolación sangrienta del Precursor prelude la de Jesús... Juan, a quien el Señor celebrará *"como profeta, y más que profeta"* (Mt 11,9), no tendrá de vida pública más que un año, quizá escaso.

Bautizará al Mesías después de unos meses de predicación. Se esfuma ante Él... Muy pronto, internado en la fortaleza de Maqueronte, encontrará la muerte. Y para adiestrarle para esta carrera tan breve y heroica, la Virgen le comunica cuando todavía está en el seno de Isabel, con sus cariños de Madre, las riquezas de la gracia de Dios. Soledad impresionante... Emociona más que su austeridad con ser escalofriante. Vértigo que nos estremece de admiración. Juan cuando nace es acogido por sus padres como niño-milagro concebido en la ancianidad. Zacarías lo ensalza como profeta del Altísimo (Lc 1,76). Era gloria y alegría, no sólo para sus padres, sino para todo el pueblo. Y... desaparece en el desierto. Huye a la soledad desde que puede bastarse a sí mismo. Ya no se le verá hasta sus treinta años.

➤ **"Yo soy la voz que grita en el desierto"**

El evangelista nos dice del Bautista que *"venía como testigo, para dar testimonio de la luz y para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz"* (Jn 1, 7-8). Su misión es, por tanto, hablar en nombre de otro y dar testimonio en favor de otro. ¡Mucha humildad se necesita para cumplir esta misión! Y Juan supo hacerlo de modo excelente, aun a costa de su vida. Cuando se presentaron ante él los sacerdotes y levitas, enviados por las autoridades judías desde Jerusalén, confesó con toda claridad: *"Yo no soy el Mesías"* —respondió sin rodeos—. Y, sin las falsas modestias típicas de las mojígatas, también declaró que él no era Elías, ni el Profeta. Él, simple y llanamente se autodefinía "la voz". Sí, "la voz que grita en el desierto", como dijo Isaías.

Pero ¿para qué sirve una voz que grita en el desierto? ¿Es que alguien puede escucharla? El desierto significa que tenemos que hacer espacios de silencio en la soledad de nuestro interior para acoger esta voz; y también que hemos de saber desprendernos de las cosas materiales que nos disipan y nos distraen para poder concentrarnos en lo esencial.

San Agustín comenta bellamente este pasaje en uno de sus sermones diciendo que "Juan era la voz y Cristo la Palabra eterna del Padre". El sonido de la voz de Juan permitió a Jesús pronunciar la Palabra de vida y hacerla llegar hasta nuestro corazón. Juan cumplió su misión de voz y desapareció: *"Conviene que Él crezca -dirá en otro momento- y que yo disminuya"*.

➤ **Preparad los caminos del Señor**

Pero el mensaje de esta voz es de una grandísima profundidad y trascendencia: *"Preparad los caminos del Señor"* -clama esta voz-.

Preparar el alma para la venida –¡ya tan próxima! – de nuestro Redentor, que nace como Niño en carne mortal para salvarnos. Preparar los caminos del Señor significa abandonar el pecado y acercarnos a la gracia; significa aprender a ser humildes, como Juan Bautista, dejar entrar al Señor en nuestro corazón y que Él sea quien rijga el destino de nuestra existencia. Significa también estar con el corazón atento para poder descubrir a Dios que viene a nosotros, pues tal vez por su humildad, su silencio y su sencillez, podría pasarnos desapercibido, como sucedió a los judíos: *"En medio de vosotros hay uno -les decía el Bautista- a quien no conocéis, al que yo no soy digno de desatar la correa de la sandalia"*. Que no nos vaya a ocurrir que llegue la Navidad, que pasen estas fiestas y ni nos demos cuenta de lo más importante: ¡el festejado, Jesús!

Nuestros "torcidos senderos..." no llevan a Dios; conducen al egoísmo, al pecado, a la perdición, aunque aparezcan alfombrados de rosas. Crudas espinas bajo blandas flores, placeres con raíces de dolores, dolores con semblante de placeres. Si no me dejo seducir, enderezaré mis torcidos senderos, me dispondré, santa Madre de Dios, para que tú pongas siempre entre mis brazos a Jesús.

Ojalá, pues, que seamos dóciles a esta voz que grita en el desierto y sigamos *"preparando los caminos del Señor"*. Que cuando Cristo venga en esta Navidad nos encuentre a todos con el alma bien dispuesta, prontos para escuchar su palabra, para acoger su mensaje y recibir su salvación. Sólo así las fiestas navideñas dejarán en nuestro corazón un fruto perdurable para siempre (Sergio A. Cordova).

"También hoy se eleva la voz de la Iglesia: *"En el desierto preparadle un camino al Señor"* (Is 40, 3). Para las poblaciones agotadas por la miseria y el hambre, para las multitudes de prófugos, para cuantos sufren graves y sistemáticas violaciones de sus derechos, la Iglesia se pone como centinela sobre el monte alto de la fe y anuncia: *"Aquí está vuestro Dios. Mirad: Dios, el Señor, llega con fuerza"* (Is 40, 11).

Este anuncio profético se realizó en Jesucristo. Él, con su predicación y después con su muerte y resurrección, cumplió las antiguas promesas, revelando una perspectiva más profunda y universal. Inauguró un éxodo ya no sólo terreno, histórico y como tal provisional, sino radical y definitivo: **el paso del reino del mal al reino de Dios, del dominio del pecado y la muerte al del amor y la vida**. Por tanto, la esperanza cristiana va más allá de la legítima esperanza de una liberación social y política, porque lo que Jesús inició es una humanidad nueva, que viene "de Dios", pero al mismo tiempo germina en nuestra tierra, en la medida en que se deja fecundar por el Espíritu del Señor. Por tanto, se trata de entrar plenamente en la lógica de la fe: creer en Dios, en su designio de salvación, y al mismo tiempo comprometerse en la construcción de su reino. En efecto, la justicia y la paz son un don de Dios, pero requieren hombres y mujeres que sean "tierra buena", dispuesta a acoger la buena semilla de su Palabra" (Benedicto XVI).

➤ **Los montes y colinas serán rebajados y los valles serán rellenados**

"Todo monte será terraplenado, toda soberbia desaparecerá..." Pidamos a la Virgen con confianza: –«¡Dios te salve, María; Madre humildísima! allana montañas que la soberbia levanta en mi corazón». Debemos pedir una bomba de humildad para que salte el dique de nuestra soberbia que tanto nos separa de Dios. Sabemos muy bien que un carro de virtudes, tirado por la soberbia, desemboca en el infierno; mientras un carro de vicios, conducido por la humildad, me lleva al cielo. Sí, todo monte será allanado...

Y todo valle sea rellenado. Fuera desánimo, lejos el desaliento. Palpando mi nada por la humildad que engendra el propio conocimiento, empiezo ya a tocar a Dios. Confianza.

Una mística contemporánea cuyo nombre se oculta en el pseudónimo Lucía-Cristina, en su diario espiritual, escribe: *«25 agosto 1882. Bondad de Jesús sentida en la comunión. Morimos sin haber conocido la bondad del Señor, a pesar de estas inefables comunicaciones»*. Sí, bondad de Jesús compadeciéndose de nuestra nada.

Dios nos da siempre, apunta San Bernardo, lo que pedimos o lo que Él sabe nos será más útil. Años antes, San Agustín, comentando el evangelio de Juan, había dicho: *«Algunas cosas que pedimos en la oración no se nos niegan, sino que se aplaza su concesión para el momento oportuno»*. Todo valle será colmado, tus miserias se transformarán en perlas si confías. Jamás se espera bastante de Dios. Se obtiene de Él cuanto de Él se espera, porque *"Ser pequeño es reconocer la propia nada y esperarlo todo de Dios, como un niño lo espera todo de su padre; es no preocuparse por nada..."* (Santa Teresa de Lisieux). Sí; todo valle será rellenado.

➤ **Dad el fruto que pide la conversión:**

Las primeras palabras de Juan a la muchedumbre cuando empieza a predicar son estas: *Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos*. Son las mismas que ahora repite en este Evangelio. La muchedumbre, atraída por su santidad sencilla y austera, se acerca al Jordán. Arrepentíos, dice, pues está cerca el nacimiento de Jesús. Haced penitencia de vuestros pecados, pues se acerca el Reino de los cielos, Dios que está a punto de llegar. Y los hombres de entonces, indiferentes, como los de hoy, a todo lo que no se palpe con los sentidos, reacios a la austeridad que predica Juan, más con su vida que con sus palabras, se hacen sordos en su gran mayoría.

Por eso, Juan toma palabras de Isaías. *Soy la voz que clama en el desierto*, añade. Desierto de almas que en nuestro tiempo desconocen el sentido profundo de la encarnación, de almas impenetrables al mensaje evangélico, adormiladas en la vida muelle de un mundo insensible al amor. Y Jesús desde el sagrario te anima silenciosamente: —Sí, Juan es voz que clama en el desierto. Y tú lo serás también muchas veces si quieres ser precursor mío, anunciador con tu vida y tu palabra de que he venido a dar vida al mundo. No te desalientes. Juan no se desanimaba al ver entre la multitud muchos que rehusaban hacer penitencia y ser bautizados, al ver que en ciudades y pueblos muchos más que no acudían a su predicación. Su palabra, por el contrario, vibraba con más fuerza.

➤ **Con la Liturgia pedimos: "Despierta, Señor, nuestros corazones..."**

Súplica que hacemos por intercesión de la Madre: Despierta, Madre querida, nuestros corazones para que empecemos a vivir este Adviento como nuestros hermanos en la fe, los primeros cristianos. Ellos suspiraban por la venida de Jesús con gloria y poder a juzgar al mundo. «¡Maranatha! ¡Ven, Señor Jesús!», decían continuamente con súplica encendida por vehementes deseos. ¡Ven, Señor Jesús!, debo yo repetir, Madre, contigo en este Adviento, anhelando el encuentro con Él. Adviento es también preparación para la venida de Jesús como juez y recompensador. Es prólogo del abrazo perfecto de duración eterna. ¡Ven, Señor Jesús! Venga tu gracia y pase este mundo. ¡Maranatha!

Despierta, Madre querida, mi corazón adormecido. Que me dé cuenta de que la noche, la noche de la vida temporal, va pasando; que ya estoy más cerca de mi salvación eterna que cuando de niño comencé a creer. Y que se acerca el día del Señor, el día de la eternidad. No tenemos aquí morada permanente, sino caminamos a la eterna del cielo.

Y despierta nuestros corazones, Madre, para que preparemos los caminos de tu Unigénito. Sí, Madre querida, queremos preparar los caminos del Señor en nuestras almas. Contigo, Reina y Madre de nuestro Adviento, queremos enderezarlos.

ORACIÓN DE ADVIENTO A LA INMACULADA

Inmaculada Madre de Dios: En la soledad de Nazaret, a solas con tu Tesoro... Adoras, amas, esperas... Él en tu sagrario virginal... Tus manos juntas en plegaría... Un ardor divino da a tus latidos ritmo para dos corazones... Flor de pureza, fragancia de lirio, amor intacto... Contigo estoy solo, y espero... Madre muda del Verbo que calla, enséñame a desaparecer amando.

Aurora que anuncia el día. Toda la tierra espera el Fruto Deseado... Pétalos de corola estremecida, tus entrañas virginales... Dios te salve, María... Intercede por la Iglesia... Salva al mundo... Compadécete de la juventud... Ruega por mí...

Engendras a UNO solo y te haces Madre de la multitud. Madre de la Unidad, intercede por nosotros.

Santa María del Adviento: Junto a Ti, en el Nazaret de la vida oculta... Estudio, oración, entrega, trabajo, olvido... Granos de incienso, silencio amoroso... A todo lo que Él quiera, responderé cantando como TÚ: HÁGASE...

Música callada, soledad sonora... Divino silencio, preludio de eterna armonía... Escucharé la Voz que clama en el desierto... Me anonadé tomando forma de siervo... He venido, Padre, a hacer Tu Voluntad... Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Único... Y el Verbo se hizo carne...